



TEORÍA MICROSOCIAL DE LOS SÍMBOLOS LITERARIOS:

EL ANÁLISIS DEL CAMBIO SOCIOCULTURAL COMO DESAFÍO DEL SIGLO XXI

Microsocial Theory of Literary Symbols: Analysis of the Sociocultural Change as a Challenge of the XXI Century

LILIA LETICIA GARCÍA-PEÑA
UNIVERSIDAD DE COLIMA
llgarcia@ucol.mx

Resumen: nuestro mundo en el siglo XXI cambia velozmente, la literatura es especialmente sensible a las dinámicas sociales y las expresa, estéticamente, con profundidad y claridad. En este trabajo propongo un enfoque microsocial del análisis de los símbolos literarios para la interpretación de las representaciones del cambio sociocultural en las obras, y para la reafirmación de la literatura como expresión y agente de la dinámica sociocultural, me apoyo, para ello, en la microsociología de Erving Goffman.

Palabras clave: símbolos literarios, teoría literaria, microsociología, Erving Goffman, cambio sociocultural

Abstract: Our world is changing fast XXI century, literature is particularly sensitive to the social dynamics and it expresses them aesthetically, with depth and clarity. In this paper I propose a microsociological approach to the analysis of literary symbols for the interpretation of representations of sociocultural change in the literature and for its reaffirmation of literature as an expression and agent of the sociocultural dynamics. I basically support this with the microsociology of Erving Goffman.

Key words: Literary symbols, Literary Theory, Microsociology, Erving Goffman, Sociocultural Change



“The self... is not an organic thing that has a specific location, whose fundamental fate is to be born, to mature, to die; it is a dramatic effect arising diffusely from a scene that is presented.”
Erving Goffman

“No existe la primera palabra ni la última palabra, y no hay límites al contexto dialógico”
M. Bajtín

Introducción

Nuestro mundo en el siglo XXI cambia velozmente. Zygmunt Bauman resume con su metáfora “modernidad líquida” la condición fluida de nuestro siglo: “múltiple, complejo, veloz, y por ende, ambiguo, confuso y plástico [...] incierto, paradójico y hasta caótico” (2004: 55). Aunque algunas realidades se mantienen estáticas y constantes, todos los días otras se desplazan o se crean: la literatura es especialmente sensible a las dinámicas sociales y las expresa, estéticamente, con profundidad y claridad.

La literatura es un arte que posee un lenguaje y una naturaleza específicos, la necesidad del escritor y del lector del acto literario surge de zonas profundas que rebasan las circunstancias inmediatas, pero es innegable que una de las dimensiones de la obra literaria es la lectura sociocultural que, sin reducirla a un documento, contribuye a comprenderla y valorarla. En este trabajo propongo un enfoque microsocial del análisis de los símbolos literarios para la interpretación de las representaciones del cambio sociocultural en las obras y para la reafirmación de la literatura como expresión y agente de la dinámica sociocultural. Me apoyo, para ello, en la mitocrítica de Gilbert Durand para recordar los principios teóricos del estudio de los símbolos desde el punto de vista cultural y en la microsociología de Erving Goffman. Abordaré el asunto en tres apartados, que son, la perspectiva microsocial en el análisis simbólico literario: identidades individuales e imaginarios sociales; el papel del símbolo en la construcción social del <<otro>> en las obras literarias y el análisis microsocial del cambio socio-cultural en el imaginario simbólico de las obras literarias. El objetivo de este artículo es exponer la base teórica del análisis microsocial de los símbolos literarios.¹ Haré, sin embargo, algunas referencias a textos literarios concretos, a modo de ejemplo del ejercicio crítico que supone este marco teórico-metodológico.

¹ Este artículo expone el fundamento teórico que sustenta mi proyecto crítico: “La agenda pendiente: vulnerabilidad, estigmatización y nuevos actores sociales en obras esenciales de la literatura mexicana contemporánea”.

La perspectiva microsocia en el análisis simbólico literario: identidades individuales e imaginarios sociales

La literatura es un lenguaje que, como señala Marc Angenot, conoce al mundo “en segundo grado”, la literariedad trabaja “sobre” el discurso social, “llega siempre después –un “después” en su connotación de más complejo, rico y más elaborado— a un universo social que ella [la literatura] percibe saturado de palabras, debates, roles lingüísticos y retóricos, ideologías y doctrinas [...]” (2015: 267). Esta condición de la literatura la explicó Mijaíl Bajtín, definiéndola como un género discursivo secundario que tiene el poder de reelaborar en su interior otros géneros y otros discursos; y Iuri Lotman la refirió en términos semióticos, resaltando su capacidad de modelizar la realidad de forma también secundaria sobre otros modos y lenguajes de modelización. Las obras literarias entregan una lectura enriquecida de la experiencia que representan, crean un mundo a través del estilo personal del escritor en el que se engarzan múltiples niveles: diegético, estructural, retórico y simbólico; el cual alojará la reserva de los arquetipos e imágenes primordiales de la cultura que se suman en el texto y cuyo desciframiento se completa con el acto de la lectura que suspende el tiempo de los relojes para que se cumpla otro tiempo ritual, más allá del cronológico. La literatura siempre rebasa la noción de reflejo e informante, ofrece una lectura crítica de la realidad y por ello cumple un papel de agente en el entorno mediato o inmediato. Como bien señaló Jung: “En efecto, la esencia de la obra de arte no consiste en hallarse preñada de particularidades personales –cuanto más lo esté menos obra de arte será— sino en elevarse muy por encima de lo personal [...]” (1983: 348). De modo que la obra literaria no es nunca un testimonio pasivo, sino un discurso que interviene activamente en el diálogo social.

Poner atención en el nivel simbólico de los textos literarios desde una plataforma mitocrítica permite abordar los atributos culturales de los textos, explorar la tradición de los imaginarios simbólico-míticos, capturar la memoria cultural a través de la naturaleza arcaica de las formaciones simbólicas y advertir los relatos míticos que, con su lenguaje simbólico, se alojan en las grandes cuencas semánticas de la historia cultural y encarnan en los mitos rectores de cada época. Gilbert Durand (Francia, 1921-2012), quien fue antropólogo, mitólogo y crítico de arte, y que forjó el término “mitocrítica” hacia los años setenta como propuesta que hereda la tradición de recuperación del símbolo de C.G. Jung, Rudolf Otto, Gaston Bachelard, Mircea Eliade, Henry Corbin y Karl Kerényi, afirma que “la mitocrítica evidencia, en un autor, en la obra de una época y de un entorno determinados, los mitos directores y sus transformaciones significativas” (Durand, 1993: 347).

Toda cultura depende de la facultad de conformar y usar símbolos, la literatura es un discurso en el que éstos se despliegan de forma especialmente intensa, estudiar los imaginarios simbólico-míticos en textos literarios implica

una interdisciplinariedad entre la antropología y la literatura. En torno al término símbolo se han enunciado innumerables definiciones, podemos recordar que un símbolo es un modo de significación que guarda la memoria cultural, funciona como una especie de “condensador semiótico” (Lotman, 1993) y se cumple a partir de su “excedente de sentido”, en términos de Paul Ricoeur, es decir, los símbolos “son opacos porque el sentido primero, literal, patente apunta analógicamente a un sentido segundo [...] inagotable” (2003: 263) y su relatividad en la significación puede ser acotada de acuerdo con el contexto particular en que se encuentre. Una síntesis funcional es recordar la definición de Carl Gustav Jung: “Un símbolo real, a saber: la expresión de una entidad desconocida” (1983: 343) y también la afirmación metodológica del antropólogo Gilbert Durand en cuanto que “el símbolo es un caso límite del conocimiento indirecto” (1993: 18) porque su aspecto concreto, su apariencia sensible expresa un significado ausente.²

Gilbert Durand condensa la esencia de su propuesta mitocrítica en 1979 en *De la mitocrítica al mitoanálisis. Figuras míticas y aspectos de la obra*. Afirma que, metodológicamente, la aproximación a la obra puede hacerse en tres tiempos que descomponen los estratos mitémicos: la elaboración de “una relación de los <<temas>>, es decir, de los motivos redundantes, u <<obsesivos>>, que constituyen las sincronicidades míticas de la obra” (1993: 343); el examen de las situaciones, los personajes y los “decorados” (1993: 343) y, finalmente, “la localización de las distintas lecciones del mito y de las correlaciones entre una lección de un mito con otros mitos de una época o de un espacio cultural bien determinado” (1993: 343). En 1996, Durand escribe un artículo didáctico bajo el título de “La mitocrítica paso a paso”, cuyo objetivo es guiar una investigación mitocrítica textual o cultural en el que distingue seis niveles en la escala de la información del texto: el título; la obra de pequeña dimensión (soneto, balada, noticia, etc.); la obra de grandes dimensiones (conjunto de poemas, *La montaña mágica*, *Los miserables*, etc.); la obra completa de un autor o una época histórica (mitos románticos, barrocos, etc.) y por último, “la dinámica de un mito en todos sus matices y en toda su amplitud” (2012: 108).³

Pero aún con la enorme riqueza que los símbolos revelan en los textos literarios, desde una perspectiva mitocrítica no es suficiente para trazar su

² Para ampliar el marco teórico-metodológico del símbolo desde la perspectiva mitocrítica puede revisarse mi trabajo: “Nociones esenciales para el análisis de símbolos en los textos literarios” (2012).

³ Pueden verse dos de mis análisis mitocríticos de literatura mexicana: “El mito de la caída en El duende, de Juan de la Cabada; y El duende de Elena Garro” (2006) y “Ejes de imaginario simbólico en la novela del primer Carlos Fuentes 1958-1980” (2010).

interpretación; la dimensión mitocrítica, cultural, llama a otra dimensión que es aquella que constituye la representación simbólica de las interacciones sociales. La obra del sociólogo canadiense Erving Goffman (1922-1982), considerado como el padre de la microsociología con sus estudios de mediados del siglo XX, cobra, en este sentido, una actualidad inusitada porque nos ayuda a comprender los imaginarios simbólicos que operan en la estructura de las interacciones sociales que se gestan a partir de los contactos entre individuos o grupos pequeños. Los estudios literarios, sin duda, se ven enriquecidos al cruzar el análisis mitocrítico de los imaginarios simbólicos de las obras con la orientación microsociológica de Goffman y ésta es la perspectiva que expondré ahora.

Anthony Giddens define a la sociología como “la comprensión de las formas sutiles aunque complejas en que nuestras vidas individuales reflejan los contextos de nuestra experiencia social” (2010: 25). El interaccionismo simbólico es el enfoque sociológico que, en el estudio de la vida social humana, de sus grupos y sociedades, centra su atención en las particularidades de la interacción interpersonal que se desenvuelven en el contexto de la vida cotidiana. Si bien George Herbert Mead (1863-1931) es el teórico que impulsa la corriente del interaccionismo, al interesarse en el análisis social que parte de las relaciones entre individuos y no por las estructuras sociales mayores, no debemos olvidar que “Max Weber (1864-1920) ejerció una importante influencia indirecta en esta perspectiva teórica porque, a pesar de reconocer la existencia de estructuras sociales –como clases, partidos, grupos de similar estatus y otros, afirmaba que dichas estructuras se habían creado mediante las acciones sociales individuales” (Giddens, 2010: 46).

Fue Herbert Blumer quien propiamente acuñó el término “interaccionismo simbólico” y sostuvo que en realidad sólo existen los individuos y sus interacciones, así el interaccionismo simbólico estudia, según Giddens, la forma en que los significados se construyen y se transmiten entre los miembros de una sociedad.

El Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago fue el centro del interaccionismo simbólico desde la década de los veinte hasta los cincuenta, conocida como “La Escuela de Chicago”, aunque, como aclara Giddens (2010), no todos los sociólogos de Chicago fueron interaccionistas. Se desarrollaron así investigaciones en torno a la sociología urbana con una perspectiva empírica y de observación participante, e influyeron en sus fundamentos epistemológicos el pragmatismo de John Dewey y, desde luego, los trabajos de George H. Mead y H. Blumer.

El interaccionista simbólico que tuvo más impacto, como he mencionado, fue el sociólogo Erving Goffman,⁴ quien es un teórico social de

⁴ (Alberta, Canadá 1922- Pennsylvania, Estados Unidos 1982), quien estudió una Maestría en Arte en la Universidad de Toronto y el doctorado en Sociología en la Universidad de Chicago

indudable importancia, cuyas ideas y alcances rebasan incluso el interaccionismo simbólico que tan brillantemente representa. “La perspectiva teórica de Goffman se inspira en varias fuentes para crear una orientación distintiva” (Ritzer, 2002: 280) y lo podemos considerar también como muy cercano a la antropología social desde su formación en la Universidad de Toronto. Destacan entre sus obras dos libros pioneros que hoy todavía nos deslumbran por su genialidad: *La presentación de la persona en la vida cotidiana* de 1959 y *Estigma, la identidad deteriorada* de 1963. A partir de entonces su reconocimiento e influencia ha seguido creciendo en los estudios que exigen una perspectiva social de los fenómenos en el nivel de la dimensión microsociológica. Es entonces en el marco del interaccionismo simbólico, como enfoque de los contenidos de la sociología, que toma forma la teoría de Erving Goffman, la cual supone un intento por explicar eventos más particulares y concretos y se centra, básicamente, en la interacción de las personas en la vida cotidiana y en los símbolos de estigma *versus* prestigio que surgen entre los individuos.

El nivel de análisis que elige Erving Goffman para enfocar el fenómeno de la interacción es microsocia, es decir, “el estudio del comportamiento cotidiano en situaciones de interacción cercana” (Giddens, 2010: 48), opta así por aquella dimensión que le permite estudiar el fenómeno que le interesa a pequeña escala para abstraer el funcionamiento general de la sociedad, sus estudios sobre cómo “las personas se presentan a sí mismas en los encuentros sociales se han convertido en clásicos sociológicos, tanto por su estilo metodológico y de observación como por sus conclusiones” (2010: 106).

La teoría de Goffman trabaja con casos individuales y grupos reducidos, vidas particulares cuya observación puede conducirnos a la comprensión de las interacciones y, a través de ella, a la comprensión de las fuerzas y las instituciones sociales. Lo que deseo plantear aquí es que esta teoría es particularmente adecuada para abordar las obras literarias porque permite analizar la interacción social de los distintos sujetos discursivos⁵ implicados; por una parte, la relación que establece el escritor con su entorno como testigo privilegiado de la realidad sociocultural de la que participa⁶ y, por otra, la presencia de las voces poéticas de los textos, ya sean, los sujetos líricos de la poesía o los personajes de la narrativa, como efectos de sentido singulares que tienen una fuerte caracterización, de quienes es posible inferir no sólo la

entre 1942 y 1953 . Fue profesor del reconocido Departamento de Sociología de la Universidad de California, Berkeley e impartió cátedra en la Universidad de Pennsylvania, en 1982 fue elegido Presidente de la *American Sociological Association*.

⁵ Argumento la categoría de sujeto discursivo más adelante.

⁶ Estudio un caso sobresaliente de esta interacción en la literatura mexicana en mi trabajo: “Las narraciones del desastre: anticipaciones de la retórica de la posmodernidad en la poesía de Rosario Castellanos” en el que trato de mostrar cómo los conflictos individuales de Castellanos proyectan fenómenos socioculturales de orden macrosocia. Artículo aceptado en proceso de publicación en *Revista Culturales. Universidad Autónoma de Baja California*.

naturaleza de la identidad individual, sino, a partir de ellas, de la estructura de la interacción social.

Como explicó Paul Ricoeur, no hay nada en la imaginación que de algún modo no haya estado en la memoria, de tal forma que ya sea como expresión de la subjetividad lírica o en la creación de mundos de ficción, la literatura representa “escenarios sociales” en sus distintos niveles de realidad que refieren a prácticas sociales. Una lectura microsocia de la literatura nos revela la configuración de las subjetividades sociales individuales y los lazos de intersubjetividad social, y podemos advertir cómo lo social se construye sobre los contactos individuales y derivar las observaciones microsociales a las consecuencias macrosociales:

Las maneras de interactuar de los involucrados en uno u otro patrón de interacción social con copresencia necesaria conforman de manera directa e inmediata los escenarios concretos de las situaciones de interacción en que se plasma el patrón de interacción social de que se trate y generan lo que denominaremos “vínculos sociales” entre ellos. (Sotolongo y Delgado, 2006: 136)

Aunque es cierto que la escuela de pensamiento microsocia de Erving Goffman supone el análisis de la interacción social, es decir, de las relaciones yo-otros, en el contexto de los encuentros cara a cara, un enfoque microsocia del imaginario simbólico literario es viable en tanto que los textos literarios encarnan la representación de las interacciones sociales. Es incluso factible analizar la integración del lector, puesto que éste constituye un modo de copresencia, si bien uno muy particular, y, por lo tanto, un modo de interacción social cercano.

Es conveniente aclarar que recurro a la categoría de “sujeto discursivo” desde la teoría de Bajtín, quien en la primera mitad del siglo XX estudió los fenómenos de la interacción discursiva en la esfera de la comunicación, y que en “El problema de los géneros discursivos” señaló que el concepto de “discurso” había sido “muy poco elaborado”: “¿De qué “corriente discursiva” se trata, qué cosa es “nuestro discurso”? ¿Cuál es su extensión? ¿Tienen un principio y un fin? [...] La vaga palabra “discurso” [...] hasta el momento no ha sido convertida, por parte de los lingüistas, en un término estricto en cuanto a su significado [...]” (1998: 257).

Para Bajtín los tres momentos discursivos —el contenido temático, el estilo y la composición—:

están vinculados indisolublemente en la totalidad del enunciado y se determinan, de un modo semejante, por la especificidad de una esfera dada de comunicación. Cada enunciado separado es, por supuesto, individual, pero cada esfera del uso de la lengua elabora sus tipos

relativamente estables de enunciados, a los que denominamos géneros discursivos". (1998: 248)

Los géneros discursivos reflejan, según Bajtín, "de una manera más inmediata, atenta y flexible todas las transformaciones de la vida social. Los enunciados y sus tipos, es decir, los géneros discursivos son correas de transmisión entre la historia de la sociedad y la historia de la lengua" (1998: 254). El sujeto discursivo, en este caso, el autor de una obra literaria, pero también, simultáneamente en su propio nivel discursivo, los personajes narrativos o las voces de los sujetos líricos de la poesía, manifiestan en sus enunciados su individualidad mediante el estilo que transmite su visión del mundo y se inserta en el incesante intercambio discursivo entre los otros individuos que van construyendo los eslabones de la cadena de la comunicación. Esto es, las interacciones sociales cotidianas que estudia Goffman tienen su manifestación discursiva, de acuerdo con la propuesta de Bajtín, en los enunciados que se eslabonan en los actos concretos de uso de la lengua.

Para Bajtín, entonces, la cultura sólo existe en los márgenes del lenguaje, entendida como "el espacio social donde el ser se define, y donde la sociedad es definida por la interacción entre los diferentes individuos. Esta interacción se centra en el lenguaje" (Arias, 1994: 10). En la literatura podemos ver, de modo especialmente transparente, el tejido de los símbolos o "signos ideológicos" como les llama Bajtín. Ahí las configuraciones simbólicas literarias muestran la construcción de la realidad desde las subjetividades individuales que beben e impactan, simultáneamente, en el espacio social colectivo.

El análisis del interaccionismo entre figuras textuales –voces poéticas, autor-lector— que no comparten la misma situación de enunciación es posible por dos condiciones específicas del discurso literario que Bajtín explicó: primeramente, el funcionamiento de los enunciados, cuyas fronteras están marcadas por el cambio de sujetos discursivos, y en donde la posibilidad de respuesta no es necesariamente inmediata ni en el tiempo ni en el espacio. Después, porque según Bajtín, entre las voces representadas en los textos literarios, así como entre autor y lector, las palabras se vuelven "bivocales" (1988: 107), de tal modo que "en todo discurso sonaría una discusión (un microdiálogo) y se percibirían los ecos del 'gran diálogo'" (1988: 107). Todas las voces implicadas en una obra literaria "no son herméticas ni sordas una respecto a otra. Siempre se escuchan mutuamente, se intercambian y se reflejan (sobre todo en los microdiálogos). Y fuera de este diálogo de las 'verdades contrariadas' no se lleva ni un solo acto importante, ni un solo pensamiento esencial de los protagonistas" (1988: 110).

Bajtín resolvió la falta de definición terminológica en torno a la noción de discurso, observando que éste "siempre está vertido en la forma del enunciado que pertenece a un sujeto discursivo determinado y no puede

existir fuera de esta forma” (1998: 260). En ese sentido, un sujeto discursivo será aquel individuo, real o representado (ficcionalizado), que asume en enunciados concretos el discurso y participa en la cadena social de la comunicación discursiva tomando la palabra o cediéndola. La noción bajtiniana de sujeto discursivo se concilia, para el análisis de los textos literarios, con el planteamiento microsociedad de Goffman, puesto que podemos considerar las voces poéticas (narrativas o líricas) como representaciones del discurso, del gran diálogo social, como la representación de sujetos individuales y discursivos que interactúan a través de la palabra. Goffman nos ayuda a focalizarnos en la naturaleza social de los intercambios yo-los “otros” y Bajtín en la naturaleza verbal de esa interacción.

Desde el punto de vista de la especificidad de los géneros literarios, el sujeto discursivo puede ser el autor como actor social que construye desde su estilo subjetivo la obra; el lector como un modo de copresencia que encarna una posibilidad de respuesta; el personaje entendido como “un *efecto de sentido*, que bien puede ser del orden de lo moral o de lo psicológico, pero siempre un efecto de sentido logrado por medio de estrategias discursivas y narrativas” (Pimentel, 1998: 59; las cursivas son del original) y, también, las voces poéticas entendidas como las instancias discursivas de los distintos “sujetos de la enunciación” (Beristáin, 1985: 357) como una categoría más general que podemos utilizar para referirnos a los fenómenos discursivos, tanto en obras narrativas como líricas, que representan el gran diálogo social y constituyen lo que podemos llamar el “discurso figural” que es “a un tiempo fuente de acción, de caracterización y de articulación simbólica e ideológica [...]” (Pimentel, 1998: 83).

La representación de sujetos individuales implicados en una obra literaria, ya sea autor, lector, personajes, narradores o sujetos líricos, pueden ser analizados como perfiles de interacción social que muestran los fenómenos de relación a nivel microsociedad, proyectando la naturaleza de los imaginarios de orden social y colectivo.

El papel del símbolo en la construcción social del “otro” en las obras literarias

¿Qué relación existe entre los fenómenos de interacción social en situación de contacto y la dimensión simbólica? ¿Cómo se muestra esta relación en las obras literarias? Las representaciones simbólicas son, como señala García Canclini, modos culturales de asumir la realidad e interpretarla, “estructuras estructurantes” que funcionan como formas sociales relativas a un grupo cultural determinado (en Arias, 1994: 15). Para el interaccionismo simbólico, el lenguaje es lo que nos hace seres conscientes de nuestra individualidad: “El elemento clave en este proceso es el símbolo, que es algo que representa otra cosa [...] Como los seres humanos viven en un rico universo simbólico casi

todas sus interacciones conllevan un intercambio de símbolos” (Giddens, 2010: 46).

Dos de los postulados más importantes del interaccionismo con respecto a la dimensión simbólica son: que los individuos vivimos en un ambiente simbólico que contribuye a construir nuestro quehacer cotidiano y que construimos nuestra visión individual del mundo a través de la interacción con los otros “simplemente porque compartimos con los otros los mismos símbolos” (Azpúrua, 2005: 33).

Comprender las redes simbólicas de la interacción social y su representación en los textos literarios, contribuye a comprender cómo se elaboran las identidades individuales, cómo se elabora la imagen del “otro” en el nivel microsocia y cuál es el impacto de estas realidades a nivel macrosocia. En sus investigaciones sobre las interacciones sociales, hacia 1959 Goffman se centra en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, título que da a su libro, y en 1963 se enfoca en el fenómeno de la identidad deteriorada en su estudio sobre la interacción entre “normales” y estigmatizados en situación de contacto. En sus trabajos utiliza aquellos símbolos que tienen que ver con la “información social, la información que el individuo transmite directamente sobre sí mismo” (Goffman, 1986: 8) en la estructura de las interacciones sociales. La teoría del microsociólogo canadiense propicia un análisis dinámico de la realidad social al asumir que ésta no es algo fijo o dado previamente, sino que se crea a través de las interacciones de los individuos.

Goffman se vale de la metáfora teatral para explicar la interacción en la vida social como si fuera la representación de unos actores en un escenario. Su método de análisis se enfoca en los individuos como actores sociales que crean el mundo social, cuando llevamos esta perspectiva microsocia a las obras literarias nos permite interpretar los discursos literarios como un tipo en el que el sujeto discursivo del mismo, sea el autor o las voces de los sujetos líricos o los personajes narrativos, proporciona la información social. Es decir, las estrategias literarias en el espacio lírico de la poesía o en la ficción narrativa muestran personajes o sujetos poéticos que construyen el mundo, que lo generan a partir de sus interacciones sociales en un espacio representado susceptible de ser descifrado a través de una lectura microsocia que contribuye a cristalizar su potencia poética e interpretar su sentido sociocultural.

Para explicar la estructura de las interacciones sociales, Goffman emplea entonces un lenguaje teatral –como él mismo señala– como una retórica y una maniobra. Habla de “actantes y auditorios; de rutinas y papeles, de actuaciones exitosas o fallidas; de indicaciones, medios escénicos y trasfondo; de necesidades dramáticas, habilidades dramáticas y estrategias dramáticas” (1989: 270). Es muy importante observar, que si bien las estrategias de actuación y máscara son individuales adquieren resonancia social. De este modo, Goffman “sostiene que las máscaras subsumen la

actuación individual en el control social. Como son generales, tienden a someter la actuación particular al tipo colectivo” (Esteinou, 2005: 38).

En *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, el sociólogo de la Escuela de Chicago se orienta al análisis de la vida social a partir de las nociones de simulación, actuación y fachada⁷ en el desarrollo de las interacciones sociales, y a la construcción y operación de los estereotipos: “No solo vivimos sino actuamos; componemos y representamos el personaje que hemos elegido, calzamos el coturno de la deliberación, defendemos e idealizamos nuestras pasiones, nos estimulamos elocuentemente a ser lo que somos...” (Goffman, 1989: 67).⁸

Distingue entre los conceptos de identidad social, identidad personal e identidad del yo, importantes dimensiones de la representación de las voces sociales que también es factible llevar a la reflexión de las obras literarias como categorías de análisis:

En este ensayo se ha procurado establecer una distinción entre la identidad social y la personal. Ambos tipos de identidad pueden comprenderse mejor si, tomándolas en forma conjunta, las comparamos con lo que Erikson y otros autores denominan <<identidad del yo>> (*ego identity*), <<identidad experimentadora>> (*felt identity*), es decir, el sentido subjetivo de su propia situación, continuidad y carácter que un individuo alcanza como resultado de las diversas experiencias sociales por las que atraviesa. (Goffman, 1986: 126)

De acuerdo con Goffman, “La identidad social y personal forman parte, ante todo, de las expectativas y definiciones que tienen otras personas respecto del individuo cuya identidad se cuestiona [...] Por otra parte, la identidad del yo es, en primer lugar, una cuestión subjetiva reflexiva que necesariamente debe ser experimentada por el individuo” (1986: 126). Ya que el individuo adquiere estándares de identidad que asume aunque no pueda adaptarse a ellos, el autor observa que en el entramado de las interacciones sociales se producen contradicciones entre la autoidentidad o identidad del yo, y la identidad social, suscitándose una contradicción básica del individuo, quien realizará grandes esfuerzos para encontrar una solución a este conflicto.

⁷ “Un status, una posición, un lugar social no es algo material para ser poseído y luego exhibido; es una pauta de conducta apropiada, coherente, embellecida y bien articulada. Realizada con facilidad o torpeza, conciencia o no, engaño o buena fe, es sin embargo algo que debe ser representado y retratado, algo que debe ser llevado a efecto” (Goffman, 1989: 86).

⁸ Así, por ejemplo, es posible observar que Carlos Fuentes elabora minuciosamente en su obra los perfiles de las identidades subjetivas de sus personajes que pueden ser analizados con una perspectiva microsociológica, en tanto que, de sus circunstancias individuales ficcionalizadas pueden extraerse conclusiones sociales de orden estructural a partir del análisis de las instancias simbólicas de maquillaje, máscara y disfraz.

Goffman va más allá en su estudio de 1963 y se concentra en aquel fenómeno que le parece esencial en la estructura de las interacciones sociales: la estigmatización y el estereotipo como ejes fundamentales que se expresan en las redes simbólicas, ambos desencadenan prejuicios y preconceptos que constituyen una especie de “inconsciente social” (Rengel, 2005: 1), a través del cual se observa la realidad pero deformada. En el análisis microsocia de las estrategias simbólicas de representación en las obras literarias, este concepto de “inconsciente social” resulta muy interesante como contraparte del “inconsciente colectivo” de Jung y del “inconsciente de clase” de Pierre Bourdieu:

Recordar que la percepción del mundo social entraña un acto de construcción no implica en modo alguno aceptar una teoría intelectualista del conocimiento; lo esencial de la experiencia del mundo social y del trabajo de construcción que esta experiencia implica se opera en la práctica, sin alcanzar el nivel de la representación explícita no de la expresión verbal. Más cercano a un inconsciente de clase que a “una conciencia de clase” en el sentido marxista, el sentido de la posición ocupada en el espacio social (lo que Goffman llama el “*sense of one’s place*”) es el dominio práctico de la estructura social en su conjunto, que se ofrece mediante el sentido de la posición ocupada en esa estructura. (Bourdieu, 1990: 289)

Es conveniente recordar que Erving Goffman no desconoce que las fuerzas sociales “son irreducibles a las intenciones de los agentes individuales o incluso a las interacciones directas entre los agentes” como precisa Bourdieu (1990: 282) pero trabaja esta determinación desde la interacción de los individuos hacia la construcción de las instituciones.

Se pronuncia, en suma, por la interacción cara a cara. La vida constituye para Goffman un escenario donde hay actores y público. El individuo presenta un *self* con el fin de definir una situación, de tal forma que le permita ganar algún control sobre las impresiones de los demás. (Esteinou, 2005: 35)

Por lo que se refiere a la interrelación que Goffman percibe en las interacciones sociales entre los que llama individuos “normales” –“aquellos que no se apartan negativamente de las expectativas particulares que están en discusión (1986: 15)”– y “estigmatizados”:

se interesa específicamente por el problema de los <<contactos mixtos>>, o sea en los momentos en que estigmatizados y normales se hallan en una misma <<situación social>>, vale decir, cuando existe una presencia física inmediata de ambos, ya sea en el transcurso de una

conversación o en la simple copresencia de una reunión informal. (Goffman, 1986: 23)

En este sentido, un estigma aparece según Goffman como “una indeseable diferencia” (1986: 15), también recibe el nombre de defecto o desventaja y produce en la percepción de los demás, de los *normales*, “un descrédito amplio” (1986: 12). Nos recuerda que los griegos crearon la palabra *stygma* para designar una marca corporal con sentido negativo para quien lo poseía, el término ha perdido algunas connotaciones, pero conserva el sentido de atributo negativo, impuro:

El término estigma será utilizado, pues, para hacer referencia a un atributo profundamente desacreditador: pero lo que en realidad se necesita es un lenguaje de relaciones, no de atributos. Un atributo que estigmatiza a un tipo de poseedor puede confirmar la normalidad de otro, y por consiguiente, no es ni honroso ni ignominioso en sí mismo. (Goffman, 1986: 13)

El sociólogo menciona tres tipos de estigmas: físicos; los defectos del carácter del individuo que se perciben como falta de voluntad, pasiones tiránicas o antinaturales, creencias rígidas y falsas; y los tribales, aquellos vinculados a raza, nación y religión.

Los estigmas se sostienen sobre la base de los estereotipos y por ello no todos los atributos indeseables resultan problemáticos, sino únicamente aquellos que son incongruentes con ellos. Subraya que “el manejo del estigma es un vástago de algo básico en la sociedad: la estereotipia o el <<recorte>> de nuestras expectativas normativas referentes a la conducta y al carácter” (Goffman, 1986: 67):

En el estudio del estigma que lleva a cabo, en el que la información más relevante tiene determinadas propiedades porque es información acerca de un individuo, Goffman nos da no sólo la clave para comprender las interacciones sociales, sino que esclarece una noción de símbolo como unidad metodológica de análisis que podemos movilizar con toda fecundidad también en el análisis literario microsocial:

La información al igual que el signo que la transmite, es reflexiva y corporizada: es transmitida por la misma persona a la cual se refiere, y ello ocurre a través de la expresión corporal, en presencia de aquellos que reciben la expresión. Denominaré <<social>> a la información que reúne todas estas propiedades. Algunos signos portadores de información social pueden ser accesibles en forma frecuente y regular, y buscados y recibidos rutinariamente: estos signos pueden recibir el nombre de símbolos [...] Los símbolos de prestigio pueden contraponerse a los símbolos de estigma. (Goffman, 1986: 58)

Así, el sociólogo indaga la interacción microsocia en términos simbólicos: “la información socia transmitida por un símbolo puede constituir un reclamo especial de prestigio, honor o posición de clase deseada [...] Un signo de tales características recibe popularmente el nombre de <<símbolo de status>>, aunque el término <<símbolo de prestigio>> sería más exacto” (1986: 58).

Si bien puede haber una inconciencia tanto verbal como no verbal del funcionamiento de los estigmas y estereotipos, estos procesos empapan el discurso socia cotidiano que se expresa en símbolos, metáforas e imágenes, que las obras literarias recogen en sus procesos de representación.

Las categorías de estigma y estereotipo del análisis microsocia de Goffman refieren aquellos modos de interacción socia que funcionan como cuadros, esquemas o cajones: son medios preestablecidos que nos permiten “tratar con ‘otros’ previstos sin necesidad de dedicarles una atención o reflexión especial. Por consiguiente, es probable que al encontrarnos frente a un extraño las primeras apariencias nos permitan prever en qué categoría se halla y cuáles son sus atributos, es decir, su <<identidad socia>>” (1986: 12).

Una conclusión fundamental al estudiar la microsociología de Goffman es que la estigmatización y el estereotipo como estructuras de la interacción socia conducen a la exclusión y la discriminación socia: “Creemos, por definición, desde luego, que la persona que tiene un estigma no es totalmente humana. Valiéndonos de este supuesto practicamos diversos tipos de discriminación, mediante la cual reducimos en la práctica, aunque a menudo sin pensarlo, sus posibilidades de vida” (1986: 15).

Los individuos del grupo socia generan una teoría del estigma para racionalizar el ejercicio del poder y la violencia sobre otros, e inundan el discurso cotidiano con términos referidos al estigma tales como: “inválido, bastardo y tarado” (Goffman, 1986: 16). Goffman comprobó el hecho primordial de que los individuos estigmatizados asumen, de algún modo, las mismas creencias que los “normales”, participando así, ellos mismos, paradójicamente, en la reproducción de los mecanismos que llevan a la intolerancia y el rechazo, de modo que, todos los individuos alimentamos, como bien dijo Foucault, las estrategias de poder que sostienen los hábitos sociales.⁹

⁹ Actualmente se encuentra en proceso de publicación un trabajo de mi autoría sobre los estigmas representados en la obra completa de Juan Rulfo. Analizar los símbolos de estigma en las obras esenciales de la literatura mexicana contemporánea contribuirá a trazar el mapeo de la construcción socia del otro en nuestra cultura.

Análisis microsocioal del cambio socio-cultural en el imaginario simbólico de las obras literarias

El análisis de las obras literarias desde la teoría de Erving Goffman nos ayuda a examinar el imaginario simbólico en los procesos microsociales de interacción. Si entendemos por imaginario social la expresión, literaria o no, de la percepción de la realidad cultural, la imagen sería la representación de una realidad cultural mediante la cual el individuo o el grupo expresan su visión del mundo en un espacio cultural.¹⁰ Desde la teoría de Goffman podemos abordar la representación de la identidad en su triple problemática personal, individual y social, así como las estrategias simbólicas de estigmatización y estereotipos en la estructura de las interacciones sociales, pero además nos lleva a apreciar estos fenómenos sociales en sus cambios socioculturales: cuáles aparecen, cuáles se mantienen y cuáles, eventualmente se superan, así como a notar cuáles identidades individuales o colectivas transitan a convertirse en actores sociales.

El término cambio social empezó a usarse hacia los años veinte, sustituyendo la noción de desarrollo social, que como relato de la modernidad, según el término del filósofo francés Jean Francois Lyotard –los grandes “relatos de la modernidad” –, comenzó a cuestionarse, ya que la crisis de la idea de historia trajo consigo la crisis de la idea de progreso. El cambio social parece ser el sello de identidad de nuestro siglo, Rosario Esteinou señala que “tener hoy una visión clara sobre lo que significa el cambio resulta difícil en una época en la que el cambio parece ser un rasgo constante, que pasa inadvertido por su familiaridad y presencia y por ser un signo de nuestros tiempos” (2005: 17), y para Anthony Giddens el cambio social es, desde luego, un fenómeno omnipresente, pero se ha hecho especialmente intenso en la época actual:

El cambio social es difícil de definir, porque, en cierto sentido, todo está cambiando continuamente. Cada día es nuevo: cada momento es un nuevo instante en el tiempo. El filósofo griego Heráclito señaló que una persona no podía bañarse dos veces en el mismo río. La segunda vez el río es diferente, ya que el agua fluye y la persona también ha cambiado de una forma sutil. Aunque, hasta cierto punto, esta afirmación sea correcta, lo que queremos decir normalmente es que se trata del mismo río y que es la misma persona la que entra en él en dos ocasiones diferentes. Hay suficiente continuidad en la configuración o forma del río

¹⁰ Para ampliar la noción de imaginario social puede consultarse RICOEUR, Paul (2002), “La imaginación en el discurso y en la acción. Para una teoría general de la imaginación”, en: *Del texto a la acción. Ensayos de hermenéutica II*. México, FCE, 197-218 y CASTORIADIS, Cornelius (2003), *La institución imaginaria de la sociedad*. I. Buenos Aires, Tusquets.

y en la constitución física y la personalidad de la persona que se moja como para que podamos decir que ambos son <<el mismo>>, a pesar de los cambios que tienen lugar. (2010: 141)

Identificar cambios socioculturales de un grupo social o una sociedad supone, entonces, identificar aquellas alteraciones perceptibles que impactan suscitando modificaciones en las instituciones sociales. Toda noción de cambio implicará una noción de estabilidad como parámetro de referencia, es lo que Auguste Comte determinó como dinámicas sociales y estáticas sociales.

Para los sociólogos, explicar el cambio sociocultural siempre ha sido una tarea muy compleja. Lógicamente, les resultó más importante comprender primero cómo las sociedades se reproducen (sus principios de orden) para después intentar explicar cómo cambian; y, podemos constatar que, efectivamente, sus concepciones del cambio derivan de sus concepciones del orden. (Bajoit, 2010: 2)

Serán aspectos que influyan en los cambios los factores culturales como la religión o la influencia de líderes individuales, el medio físico, como condiciones medioambientales, y la organización política.

El interaccionismo simbólico, en términos generales, explica el cambio social al margen de estándares de comportamiento, lo cual lo hace aparecer como azaroso: “El cambio es susceptible de presentarse constantemente, cada vez que el actor interpreta la situación y decide actuar de cierta manera que puede ir conforme a las normas establecidas o no” (Esteinou, 2005: 34). Pero la teoría interaccionista de Goffman y su concepción sobre el cambio da enorme luz para analizar el cambio sociocultural en nuestros días:

El interaccionismo simbólico en parte es una respuesta a la brecha inevitable que existe entre las necesidades de personalidad y los papeles del sistema social y ofrece una respuesta ante el deslizamiento inherente entre ambos y los valores consensuales que supuestamente son compartidos por todos y a todos benefician. Frente a esta brecha y deslizamiento, Goffman destaca justamente el cálculo y la estrategia simbólica que permiten al individuo moderno afrontar las difíciles contingencias de la vida cotidiana. (Esteinou, 2005: 39)

Erving Goffman provee una teoría social para el análisis de la dinámica de principios de orden y cambio sociocultural, generada a partir del contacto de las subjetividades sociales individuales en la vida cotidiana, que es posible proyectar a la estructura de las interacciones sociales. En el análisis literario permite trabajar con *corpus* transversales desde una perspectiva histórica y comparativa, que contribuye a observar y validar la dinámica de orden y cambio en los imaginarios representados. Aunque se hace necesario proyectar las conclusiones halladas en un nivel microsocia de comportamientos

individuales y grupos reducidos a condiciones estructurales de nivel macrosocial, a partir del análisis microsociales del imaginario simbólico en las obras literarias se puede trazar un mapeo de la configuración de actores sociales y su comportamiento ante la noción de cambio sociocultural.¹¹

La metodología de Goffman es una plataforma que permite analizar las redes simbólicas y las interacciones sociales representadas en los textos favoreciendo la comprensión de las estrategias de construcción social del otro y de los mecanismos de cambio sociocultural. La teoría microsociales del análisis de los símbolos literarios que propongo concilia el valor de la información semiótica de los textos, la consideración a su condición de portadores de la memoria cultural y el estudio microsociales de Erving Goffman, quien supo ir de las realidades sociales concretas y particulares a las problemáticas macrosociales. Este marco teórico implica pautas metodológicas para abordar las obras literarias pero no es un procedimiento, es más una actitud de lectura, una perspectiva de análisis cuyos principios he intentado mostrar.

A manera de conclusión

La conciencia de las problemáticas que pueden abordarse con un análisis microsociales de la representación de las estrategias simbólicas de las identidades y de las interacciones sociales, así como de los fenómenos de estigma y estereotipo en los textos literarios, y su encuadre en el proceso de cambio sociocultural, puede conducir no sólo a comprenderlas, sino también a aliviarlas, porque la literatura tiene la capacidad de representar el cambio sociocultural, pero también de convertirse en su agente, ya que, como lectores, nos confronta con los hábitos excluyentes de la vida social cotidiana y propicia nuestra sensibilización hacia procesos de invisibilización de las identidades.

Como dije al principio, la lectura mitocrítica de corte antropológico social, que paradigmáticamente representa la obra de Gilbert Durand, es un aporte metodológico importante y siempre relevante en el análisis de los imaginarios simbólicos literarios, en ese sentido he recordado que el propio Erving Goffman se alimentó de la antropología social. Pero más allá, la teoría microsociales, llevada al análisis de los símbolos literarios, abre fecundas oportunidades de interpretación de los textos. La enorme sensibilidad y el poderoso enfoque del sociólogo Erving Goffman para estudiar la vida cotidiana nos ayudan a mirar con ojos nuevos las representaciones socio-culturales y la estructura de las interacciones sociales, también en sus procesos de cambio.

¹¹ En este sentido, actualmente llevo a cabo una investigación simbólica microsociales sobre papeles maternos en la literatura mexicana contemporánea, contrastando *Pedro Páramo* (1955) de Juan Rulfo y *Canción de Tumba* (2011) de Julián Herbert donde es posible advertir la representación de la transformación y emergencia de las Madres Solas como nuevo actor social.

“Dada su influencia en el interaccionismo simbólico, el estructuralismo y la etnometodología, es muy probable que las teorías de Goffman sigan siendo influyentes durante muchos años” (Ritzer, 2002: 281). La lectura microsocial de los símbolos literarios puede contribuir a comprender y disfrutar las obras, a experimentar “el placer del texto”, desde la experiencia estética literaria y también contribuir a la comprensión y acción en un mundo que tan urgentemente siempre lo necesita.

BIBLIOGRAFÍA

- ANGENOT, Marc (2015), “¿Qué puede la literatura? Sociocrítica literaria y crítica del discurso social”, en *Estudios de Teoría Literaria*, Año 4, No. 7, 265-277. <http://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/etl/article/view/1133> (consultado el 15 de enero de 2015).
- ARIAS, Arturo (1994), “Teoría literaria y narración del cambio social”, en *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año XX, No. 39, pp. 7-16. <http://www.jstor.org/discover/10.2307/4530719?sid=21106046088403&uid=3738664&uid=2134&uid=2&uid=70&uid=4> (consultado el 20 de enero de 2015).
- AZPÚRUA GRUBER, Fernando Jesús (2005), “La Escuela de Chicago. Sus aportes para la investigación en ciencias sociales”, en *Sapiens. Revista de Investigación*, vol. 6, núm. 2, julio-diciembre, 2005, pp.25-35.
- BAJOIT, Guy (2010), *El cambio sociocultural*. México, UNAM.
- BAJTÍN, Mijaíl (1998), *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.
- _____ (1988), *Problemas de la poética de Dostoievski*. México, FCE
- BAUMAN, Zygmunt (2004), *La sociedad sitiada*. México, FCE.
- BERISTÁIN, Helena (1985), *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa.
- BOURDIEU, Pierre (1990), “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*. México, Grijalbo.
- DURAND, GILBERT (2012), “La mitocrítica paso a paso”, en *Acta sociológica*, UNAM, Trad. de Blanca Solares Altamirano, núm. 57, pp. 105-118. <http://www.revistas.unam.mx/index.php/ras/article/view/29762> (consultado el 6 de mayo de 2015).
- _____ (2004), *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México, FCE.
- _____ (1993), *De la mitocrítica al mitoanálisis. Figuras míticas y aspectos de la obra*. Barcelona, Anthropos- Universidad Autónoma Metropolitana.
- ESTEINO, Rosario (2005), “El cambio sociocultural en la teoría sociológica: análisis de tres enfoques”, en Esteinou, Rosario y Barrios, Magdalena. (Ed). *Análisis del cambio sociocultural*. (pp. 17-40). México, CIESAS. http://biblioteca.udgvirtual.udg.mx/eureka/pudgvirtual/LGC_D0585_U1A2R1.pdf (consultado el 20 de enero de 2015)

- GARCÍA PEÑA, Lilia Leticia (2012), "Nociones esenciales para el análisis de símbolos en los textos literarios" [artículo en línea], 452ºF, en *Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 6, 124-138. http://www.452f.com/pdf/numero06/garcia/06_452f_garcia_indiv.pdf (consultado el 6 de mayo de 2015).
- _____ (2010), "Ejes de imaginario simbólico en la novela del primer Carlos Fuentes 1958-1980", en *Perífrasis. Revista de Literatura, Teoría y Crítica*, núm. 2, Universidad de los Andes., pp. 6-81. http://revistaperifrasis.uniandes.edu.co/index.php?option=com_content&view=article&id=78:ejes-del-imaginario-simbolico-en-la-novela-del-primer-carlos-fuentes-1958-1980-lilia-leticia-garcia-pena&catid=38:indice (consultado el 7 de mayo de 2015).
- _____ (2006), "El mito de la caída en El duende, de Juan de la Cabada; y El duende de Elena Garro" en *Cuiculco* 37, pp. 59-73. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=35103704> (consultado el 7 de mayo de 2015).
- GIDDENS, Anthony (2010), *Sociología*. Madrid, Alianza Editorial.
- GOFFMAN, Erving (1989), *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu.
- _____ (1986), *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires, Amorrortu.
- JUNG, C. G. (1983), "Psicología y poesía", en E. Ermatinger et al. *Filosofía de la ciencia Literaria*. México, FCE.
- LOTMAN, Iuri (1993), "El símbolo en el sistema de cultura", en *Revista del Centro de Estudios del Lenguaje* 9 (Puebla, México), 47-60, <http://www.ugr.es/mcaceres/Entretextos/entre2/escritos4o.htm> (consultado el 15 de enero de 2015).
- PIMENTEL, Luz Aurora (1998), *El relato en perspectiva. Estudio de teoría narrativa*. México, Siglo XXI-UNAM.
- RENGEL MORALES, Daniel (2005), "La construcción social del 'otro'. Estigma, prejuicio e identidad en drogodependientes y enfermos de sida", en *Gazeta de Antropología*, 2005, 21, artículo 25 · <http://hdl.handle.net/10481/7197>.
- RICOEUR, Paul (2003), "Hermenéutica de los símbolos y reflexión filosófica I", en *El conflicto de las interpretaciones. Ensayos de hermenéutica*, 261-285. Buenos Aires, FCE.
- RITZER, George (2002), *Teoría sociológica moderna*. México, Mc Graw Hill.
- SOTOLONGO, Pedro L. y DELGADO, Carlos J. (2006), Capítulo VIII. "La intersubjetividad social, las estructuras sociales objetivadas y las subjetividades sociales individuales, en: *La revolución contemporánea del saber y la complejidad social. Hacia unas ciencias sociales de nuevo tipo* en <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/campus/soto/Capitulo%20VIII.pdf> (consultado el 28 de febrero de 2015).